

DOÑA ELENA Y DON DALMIRO

No sé cómo habrá sido esta tarde del cuatro de octubre en Villafranca. No he podido estar en persona, y los detalles casi he preferido no saberlos. Así puedo imaginar la ocasión a mi aire: otoño, silencio, la melancolía discreta de las ciudades bien enseñadas a llorar sin esparajismos. Enterramos a Elena, que ahora está en la tierra de viñedo del cementerio como cualquier convecino a la espera de la resurrección de la carne. Está ella y está Dalmiro, que el uno y el otro y los dos juntos, eligieron en tiempo y forma el lugar de su última residencia.

He oído decir que Elena Quiroga de Abarca y Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela constituyen el único caso (en el mundo) de matrimonio en que ambos consortes tenían la condición de académicos. Ella, de la Real Española, Dalmiro, secretario perpetuo de la Academia de la Historia.

Sobre Elena Quiroga, la novelista que caminó con tesón desde «Viento del Norte» a «Presente Profundo» han escrito mucho y bien los críticos. El lenguaje de Elena Quiroga es firme, pero no pétreo. Y respecto a los procedimientos narrativos, supo avanzar sin timidez pero con mesura (y esto sí que es clasicismo) entregándose a una experimentación que renuncia a ser un fin para quedarse en un medio de llegar a donde el artista se propone llegar. Prestarle voz y corazón a un castaño centenario con la eficaz estética -y ética- que se alcanza en «La sangre», establecer el prodigioso equilibrio interior que gobierna «Escribo tu nombre», son actitudes literarias que nadie podrá calificar de conformistas. Creo saber que el vestido de doña Elena Quiroga para su recepción pública y solemne le fue regalado a la académica por el académico don Dalmiro de la Válgoma, que ya le había regalado otro vestido, blanco y nupcial.

Ahora, en fin, el cronista oficial de Villafranca y la novelista no tendrán que desplazarse a la Fiesta de la Poesía, que bien cerca los tendremos para recordarlos y quererlos.